

VIDA, PARTE 2

Alfonso Salazar

VIDA, PARTE 2


ESDR JULA
EDICIONES

{COLECCIÓN **DIÁSTOLE**}

Primera edición, octubre 2019

© Alfonso Salazar, 2019

© Del prólogo, José Carlos Rosales, 2019

© De la fotografía del autor, Joaquín Puga, 2019

© Esdrújula Ediciones, 2019

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Martín Bohórquez 23. Local 5, 18005 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Víctor Miguel Gallardo Barragán y Mariana Lozano Ortiz

Imagen de cubierta: *Fichas para jugarte la vida*, de Alfonso Salazar

Impresión: Gami

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 1124-2019

ISBN: 978-84-17680-26-8

Impreso en España · Printed in Spain

Quien me escucha me entiende,
por José Carlos Rosales

Leo y releo los poemas de esta *Vida, parte 2*, la nueva publicación poética de Alfonso Salazar (San Fernando de Cádiz, 1968), y pienso (o confirmo) que todos los seres humanos cobijamos a un niño en nuestro interior, el niño que fuimos o que creíamos ser, un niño solo y vigilante, a veces feliz y a veces sorprendido o inquieto ante las numerosas cuitas incomprensibles de aquellos mayores que rodearon y nutrieron nuestra infancia, ese niño al que no siempre escuchamos, esa infancia de cuya memoria quedan rastros en algunos de los mejores poetas de los últimos doscientos años. Pensemos en Lorca. O en William Wordsworth y en Fina García Marruz. También Alfonso Salazar escucha o reconstruye la memoria del niño que se esconde bajo esa rutina adulta que nos obliga a fingir que somos lo que somos. Y no sólo reconstruye la memoria o la vida de aquel niño que fue (o que es) sino también la memoria inducida de los antepasados de ese niño que ahora se vislumbran entre versos desnudos e imágenes brumosas. «Quien me escucha me entiende», leemos en ‘Cuaderno de

Chiclana', una de las secciones de este nuevo libro de poemas, una sección que ya aparecía en *Amores sin objeto* (Granada, 2004), sólo que las diecisiete piezas de entonces no son exactamente las veinte de ahora, algunas se repiten, y otras son nuevas o estaban a escondidas, esperando el momento de salir —ahora— a la luz. «Quien me escucha me entiende», podría ser la divisa de este poemario.

La primera parte del libro, 'Cuaderno de Cádiz', donde está la sección 'Cuaderno de Chiclana', revisa los territorios físicos y sentimentales de una experiencia móvil: de San Fernando de Cádiz a las Ramblas de Barcelona para recorrer otros puertos y otras tierras hasta tropezar con el tiempo presente y comprobar que los gestos de un hijo son los gestos del padre, el pasado vive en el presente: «Ahora veo a mi hijo romper papeles / con el gesto exacto. / Labio de abajo sobre labio de arriba, / gesto de trabajo. Trabajo inútil» (en «Herencia»). En ese ir y venir del pasado al presente, o del presente al pasado, van apareciendo personajes (el abuelo o el padre, algún bañista, el niño cojo, la señora Jacinta...) y lugares (la Venta de Vargas en la Bahía de Cádiz, la calle Real de San Fernando, un cine de verano, una calle de Moguer...) hasta constituir un entramado fértil de relaciones y costuras: «El vestido lo han hecho / mi madre y mi madre y la novia de mi padre, / porque mi abuela fue mi madre, / mi tía fue mi madre / y Elena, la novia de mi padre, / sabía coser» (en «Nuevos modelos de familia»). Como si el pasado del padre se hiciera presente en el futuro del hijo. Como si el pasado y

el futuro estuvieran aquí, fundidos sin pausa en ese presente filial cuyas ramblas de vida se hunden en una «memoria de alas y plumas» (en «Ramblas»).

Este ‘Cuaderno de Cádiz’ de algún modo se articula como nexo o zona de tránsito entre *Amores sin objeto* y esta *Vida, parte 2*, pues si en el primer libro funcionaba como parte final (una selección de lo que Alfonso Salazar estaba escribiendo entre aquellos años de 2000 y 2003), ahora actuaría como una especie de obertura o introducción al grueso de esta segunda parte de una vida, la vida que se abre en múltiples direcciones, no casualmente tituladas ‘Una investigación antropológica’ o ‘Construcción de una casa’, tal vez la sección donde se encuentre una mayor densidad poética de logros y propósitos existenciales y poéticos casi siempre indistinguibles unos de otros: «Mi casa estará abierta / como mi corazón» (en «Canción de casa»), pero también «Primero fue echar abajo el techo / para construir nuestro suelo al sol» (en «Construcción de una casa») o «Cuando se destruye una pequeña parte del mundo / llegan los obreros victoriosos de la esperanza. / [...] Hablo de este país, de estos días, / y no hablo de ti, porque cuando se destruye / una pequeña parte del mundo, / ellos llegan para crear otra» (en «Reconstrucción»).

De alguna manera podríamos parafrasear aquella idea tan fértil de Miguel de Unamuno cuando sugería en uno de sus sonetos que el sentido de la vida consiste en hacerse un alma («Y es el fin de la vida hacerse un alma», en ‘El fin de la vida’, de *Rosario de sonetos líricos*, 1911), para suponer

que el fin de la vida podría consistir (también) en la *construcción de una casa*, en hacerse una casa, una casa material o simbólica, un refugio o albergue donde pudiéramos ordenar, por modestos que fueran, todos nuestros enseres afectivos o tangibles y distribuir los espacios en consonancia con el mundo, con sentido común, sin reservas: «[...] el amor aquí, / allí la habitación de los niños, / pon en un rincón la confianza, / en otro el cariño, como pelusa, / que siempre hace falta» (en «Construcción de una casa»). Al fin y el cabo lograr una casa propia (pensemos en Virginia Woolf) podría ser concomitante con la idea unamuniana de *hacerse un alma*: ambos vectores se cruzan y entrecruzan en muchas zonas de la poesía contemporánea, también en la reunida en estas páginas.

Todas estas unidades, vicisitudes o recodos ocurren y se despliegan en la poesía de Alfonso Salazar, poeta poliédrico, un hombre orquesta, artista visual, custodio del legado de Javier Egea, promotor cultural, novelista negro con el inolvidable detective Matías Verdón, mantenedor de infinitas iniciativas poéticas y, también, antropólogo secreto o de culto, compruébenlo visitando un rato su blog *cuadernosdealfonsoalazar*: multitud de personas y perfiles reunidos en una sola dirección: «Tener un oficio» (véase el poema de igual título). Y todos esos perfiles procuran construir una casa, un poema es una casa, y los poemas no siempre están hechos de palabras, también se hacen de gestos, posiciones o posturas. En eso consiste hacerse un alma, «un alma que es la propia obra», razonaba Unamuno;

«porque al morir -añadía el poeta vasco- se deja un esqueleto a la tierra, un alma, una obra a la historia». Una casa propia y una escritura (o alma) propia, es decir, una escritura que no insista en lo que ya sabemos, aquello que repetimos sin pensar demasiado, como si no hubiera que pensar (para mal y para bien) todo lo que pensamos o escribimos. Poesía y pensamiento se estrechan la mano tanto en la sección dedicada a ‘Una investigación antropológica’ como en la que se titula ‘Ciclostil’, dos secciones paralelas en las que se construye con acierto una mirada hacia los demás, por ejemplo, una mujer que, un viernes por la tarde, pasa llorando por la puerta de un supermercado; otra que pasa feliz por la puerta de una cafetería y que «no grita de alegría por vergüenza». Contrastes, contraposiciones, ambivalencias:

Prohibiría los viernes: sin duda.
Hacen peores a los jueves brillantes,
a los miércoles sensatos,
a los martes apasionados,
a los lunes redimidos,
los domingos memorables,
los sábados cautelosos.

(en «Injustos viernes»)

El poema al que me estoy refiriendo se cierra con un verso que subraya esa desigualdad, ese contraste que nos impide disfrutar de un tiempo tan mal repartido (como

tantas otras cosas), tan desigual y cuadrículado: «Injustos viernes que hacen reír y llorar». Junto a esas mujeres que pasan felices o llorosas, nos tropezamos con otros peatones de la historia tan semejantes a ellas, como aquel «que sufrió de niño los gimnasios del colegio» (en «Pequeñas historias del pequeño arcén»), quien se mueve en una «silla de ruedas atrancada en un adoquín» (en «Rumores de la circunvalación») o «el primer hombre que pisó la arena de Normandía» (en el poema del mismo título).

Pero mirar a los demás nos lleva a mirar lejos, los demás siempre están lejos, aunque la lejanía también es aparente, relativamente aparente, todo es aparente, ya que podríamos encontrar muy cerca aquello que nos parece tan lejano: «Banderas de aguja: costumbre gris de la venganza / siembra discordia en el papel quemado. / Hígado, sangre dorada. / Noches de insomnio, letras impagadas» (en «Mapas, números, mapas»). Todo en la distancia aparentemente confortable de una cercanía invisible: «Terminar resumiendo en el mando a distancia, / en la distancia misma, en la distancia siempre, / en el mundo la distancia» (ídem).

Vida, parte 2 tiene un doble cierre: una serie estupeficiente y muy divertida, incluso jocosa, de ‘Nuevos epigramas’ (no habrá que confundirlos con el aforismo, tan de moda en estos días triviales) y ‘Cancionero sentimental’ (marca de la casa: *Amores sin objeto* también se cerraba con un cancionero). Del primer epígrafe vale la pena recoger algunos de esos epigramas tan incisivos: «el mando a

distancia manda», «el sentido de la vida carece de señalización», «hemos perdido la caligrafía y nos ha inundado la tipografía» o «el mundo que abunda en cómplices, carece de culpables». Y del ‘Cancionero sentimental’ habría que decir que, reunidos en sentido inverso, del más reciente al más antiguo, nos trae un catálogo de poemas de amplio registro tonal y una cierta indagación temática y formal más allá de los cánones o costumbres más habituales; especialmente interesantes son «Cucarachas en el bar», «Costurerillas» o «Canción de la luz». En todos ellos se aprecian los mismos rasgos que ya han ido apareciendo a lo largo del poemario, sólo que aquí hay una especie de valiosa ligereza, de tonos coloquiales que no evitan fraseos de raigambre clásica o popular, asonancias y consonancias, versos mayores y versos menores, tradiciones y rupturas. Como si esta parte del libro fuera un catálogo vital o retórico, una zona donde su autor se ha permitido diversas libertades que tal vez no eran del todo posibles en las páginas anteriores. Y digo catálogo vital porque, siguiendo con el magisterio de Unamuno, hacerse un alma, construir una obra, sólo es viable «cuando se ha vivido, es decir, cuando se ha luchado con vida que pasa por la vida que se queda».

Vitalismo, pensamiento, construir una casa, investigar la antropología de los que nos rodean, dejar un sitio al niño que fuimos y seguimos siendo, hacerse un alma propia: estas son, pienso, las coordenadas centrales donde se instalan los poemas de este nuevo libro de Alfonso Salazar. Vale la pena detenerse en ellas, recorrerlas, escuchar lo

que entre ellas se guarda o se nos dice. «Quien me escucha me entiende», leemos (ya lo dije antes) en uno de sus versos. Les aseguro que es verdad. Yo lo escuché. Y lo entendí. Les exhorto a que hagan lo mismo: escuchen la poesía de Alfonso. Vale la pena. No se arrepentirán.

**Libro primero:
Cuaderno de Cádiz
(2006)**

Humo de habanero

*Cuando mi madre llevaba un sorbete de fresa por sombrero
y el humo de los barcos era aún humo de habanero.*

RAFAEL ALBERTI

Perdición de las flores

La vida otra vez casi:
descubrimientos hechos,
errores cometidos,
frágiles muestras de gafa redonda.

Palmeras y pinos, infancia, sol,
mar grande, carreteras de accidente
muestran baches de amor entrelazado.
Es 1962
en San Fernando de Cádiz.

La abuela María mira una rucua
sorprendida. Día de calor, isla,
bocas en el mercado y sandías.
Trajeron de Sevilla un título enmarcado.
Alfonso cruza cables en la tienda.
Isabel, en tacón de perla catalana.
La sombra de los días en la playa
abriga la terraza del verano.
Se presenta la feria en camiseta.

En 1955,
Calle Real, Elena dice sí.
Se me viene encima mi madre
sobre una carabela. Hay un frasco

donde guardo dolores de cabeza
para piratería y anclas del manchón.

Aplastan por poco los días y la mirada,
las calles estrechas de Palos de la Frontera.
Los viejos me preguntan. Tu padre ya no vive
en la casa de Maestro Portela.

En 1948,
vía del astillero y mediodía,
te toma de la mano el jueves
y lleva quince días de estraperlo y jabón.
Me ves poco. Saltan juntos los caños,
el puente flotante de la Carraca,
buscamos cañaíllas y bocas de la isla.

Nuevos modelos de familia

Cuando yo vine al mundo,
cabeza, sangre y pelo,
año de 1940,
contaban la vida en despensas
vacías
y una escoba valía
por dos latas de atún.

Pero de nada vale
mi tío fusilado
y mi padre viudo
de un parto tan difícil.

Cuando yo vine al mundo
mi abuela fue mi madre,
mi tía fue mi madre,
porque mi madre se quedó
entre formol y gasas miserables
del hospital de San José.

Olor a jabón de Marsella falso,
estraperlo,
mi hermano camina de la mano de mi padre
hacia el manchón de las anclas, donde el paredón

dejó la frente de mi tío entre sangre y pelo,
y cogen cañaíllas
y bocas de la isla.

Yo miro la calle Real,
vestido de gitana colgado en el armario,
alcanfor, madera de pino
antiguo de Chiclana.

El vestido lo han hecho
mi madre y mi madre y la novia de mi padre,
porque mi abuela fue mi madre,
mi tía fue mi madre
y Elena, novia blanca de mi padre,
sabe coser.

El inesperado

Montañas de sal. Noche de verano.
Runrún de la noche. El amigo espera
en el café de los Hermanos Picó.

Helado de menta para ella.
Coñac español para él.
Los dos ríos de Granada
bajan sin agua ni amigos.

Cinco de la mañana.
Tabaco y luna me han visto
con coraje en la vida,
ya el viento me habla y me dice
vivo vivo vivo,
y muerto muerto muerto,
ni por amor.

1952: Fotografía

Montesa. Conduce con los pies.
Acróbata. Hermoso de resaca.
Blanco de España en las paredes
y negrura de país.

Piano en la isla
a altas horas de la madrugada

Cerca la isla y el piano desnudo,
quieto, muñeco de otro tiempo,
espera las manos callosas
de tornero y jabón de estraperlo.
El vino corre la garganta
y se despide la salud de estos días
atrás por el sueño del futuro,
o el sueño del pasado
cuando la vida en las terrazas
era entre dos y la tranquilidad.

Una mancha en la camisa,
en la única camisa,
y tres magulladuras en los nudillos,
un sarampión sobre el horario
se avecina.

Mañana por otro día
en la resaca que cosquillea
cuerpo y consciencia
en el vértigo que sorprende
avisando: este cuerpo es tuyo,
el que ahora se eleva sobre el humo
es el que mañana se hunde en dolor de cabeza.

Mañana cuando los niños despierten
y un grito cansado no consiga salir.

La foto que sale de la cartera
y te dice que no estás en el lugar correcto,
que la hora es la equivocada

Mañana resuena por otro día
el piano, la feliz hora
sin hora, cuando la vida
era la vida y yo no era yo.